

CENTRALIDADES

VOLUMEN 4

Mariano Arana, coordinador

Uruguay: La centralidad montevideana



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Ciencia Histórica

Editor general
Fernando Carrión M.

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Eusebio Leal Spengler
Fernando Carrión M.
Jaime Erazo Espinoza
Mariano Arana
Margarita Gutman
René Coulomb B.

Coordinador
Mariano Arana

Editores de estilo
Andrés Landázuri

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Impresión
Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-20-9
© OLACCHI
El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas
Telf: (593-2) 246 2739
olacchi@olacchi.org
www.olacchi.org
Primera edición: julio de 2011
Quito, Ecuador

Contenido

Presentación	7
Prólogo	
Montevideo: la reconquista del territorio y la urbanidad	9
Mariano Arana	
Revisitada: ciudad reinventada	21
Liliana Carmona y Alma Varela	
Centralidades urbanas e históricas de Montevideo. Políticas urbanas e instrumentos de gestión: Plan Montevideo 1998-2005	49
Nelson Inda	
Las centralidades: componente clave en los procesos de planificación territorial. Una mirada sobre las estrategias e instrumentos idóneos para orientar su desarrollo	97
Juan Daniel Christoff	
Razones y estrategias para la regeneración urbana en Montevideo	131
Federico Bervejillo Terra	
De centralidades fragmentadas y cotidianos escindidos	163
Adriana Berdía	

Claves para entender el proceso de transformación del área central de Montevideo	189
Patricia Roland	
Las palabras y las cosas. La construcción de la costa de Montevideo como paisaje significativo	223
Alicia Torres Corral	
Heterogeneidad social y ambiental.	
El Parque Lineal del arroyo Miguelete.	249
Hugo Gilmet	
Aprovechando enseñanzas para avanzar:	
la actuación montevideana como fundamento de la nueva legislación territorial.	277
Roberto Villarmarzo	
Montevideo y las centralidades históricas metropolitanas.	
Los casos de La Paz, Las Piedras y Progreso	315
Salvador Schelotto	

De centralidades fragmentadas y cotidianos escindidos

Adriana Berdía¹

Lo más general

En los inicios de los años setenta, se inició un proceso de crisis en el sistema capitalista que se extendió posteriormente a los países del denominado socialismo real. Ha sido tan larga su duración y tan generalizada su extensión, que ha llevado a los críticos de la Modernidad a pensar que es una crisis general de la sociedad moderna, resaltando los aspectos más negativos de la Modernidad: la deshumanización que implica la mercantilización de la fuerza de trabajo por encima del proyecto humanista, la alienación de la vida social, el individualismo, la alienación y el dominio de la racionalidad instrumental por encima de la dimensión emancipadora de la razón.

Una drástica reducción del comercio mundial, con la aparición de fuertes déficits comerciales en diversos países, la disminución generalizada

1 Licenciada en Trabajo Social (Universidad de la Republica), Magíster en Servicio Social (Universidad Federal de Río de Janeiro), Doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad de la Republica). Actualmente se desempeña como asesora de la Dirección Nacional de Vivienda del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente. Ha desempeñado cargos similares en la Intendencia Municipal de Montevideo, en la Dirección de Espacio Público y Edificación. Es docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, donde también ha sido docente de la Facultad de Arquitectura. Se desempeña también como asesora de organizaciones de la sociedad civil en materia de cooperativismo de vivienda.

de la producción y de la tasa de ganancia, y la reestructuración de los sistemas productivos (ampliación de la informalidad) con el propósito de disminuir los costos de producción han sido parte de sus contenidos. La informalidad y el desempleo sus efectos más impactantes.

La crisis también se presenta en forma de amenaza, lo cual obliga a implantar determinadas reformas a nivel mundial y refuerza la percepción de ésta realidad actual como única posible. En palabras de Zizek (2005), el hecho de que si no se obedecen los límites del capital se desencadena una crisis no prueba que estas necesidades sean objetivas y reales de la vida económica, sino que solo debe verse como la posición privilegiada que tiene el capital en la lucha económica y política .

En el plano económico, significó el fin del modelo industrial-fordista, generando profundos cambios en la producción y el mercado de trabajo, por lo cual vastos sectores de la población quedaron por fuera del empleo formal y es posible que ni ellos ni sus hijos vayan a acceder nuevamente a éste. Todo esto ha impactado fuertemente en la sociedad, teniendo como consecuencia inestabilidad, pobreza y exclusión.

La crisis vino acompañada en el plano político, por el desmonte del sistema de regulación keynesiano y el Estado de bienestar que habían imperado en los países durante el periodo de expansión vivido desde la posguerra, y su sustitución por las concepciones neoliberales que afectaron profundamente la relación entre Estado, mercado y sociedad civil.

El proceso de globalización es central para comprender la época actual. Si bien hay diferentes valoraciones sobre su significación, hay coincidencia sobre su impacto en las formas de producir y consumir, en las ciudades y los Estados, en las personas y las sociedades, ingresando a una nueva fase del capitalismo y de la modernidad (Harvey, 1992).

Si se parte de la consideración de que las diferencias y los procesos socio-urbanos tienen un carácter histórico —o sea son resultado del modo de producción y de la diferenciación de clases sociales en un tiempo y/o un espacio geográfico concreto—, comprender estos procesos implica abordar varios opuestos complementarios: lo general y lo particular, lo global y lo local, el centro y la periferia, que no pueden explicarse por sí mismos sin considerar a sus contrarios.

Ubicados en la perspectiva de que no existe una ley natural que regule el uso de suelo y la diferenciación social del espacio (a diferencia de lo que sostienen los modelos ecologistas y muchos modelos espacialistas de planificación urbana), y de que las diferencias en el espacio son históricas y resultado de las actividades del modo de producción y de la diferenciación de clases sociales (Topalov, 1984), no es imposible encontrar regularidades espaciales que sean de carácter histórico y producto de los procesos globalizados que se desarrollan mundialmente. Concretamente, en todas las ciudades se verifican cambios en la estructuración socio-económica del espacio urbano, las relaciones de clase y la distribución del ingreso, así como en el mercado de trabajo y el mercado inmobiliario, y en la producción y el consumo de bienes y servicios urbanos (Soja, 1993).

En un mundo global, los cambios macro estructurales (nueva fase del modo de acumulación capitalista) impactan en lo más general, o sea cambian las vidas de los hombres y las mujeres que habitan las ciudades en estos tiempos.

A partir del estudio social de la vida cotidiana –considerando a ésta como la esfera donde se interrelacionan el mundo económico, social y la vida humana (Lukács en Heller, 2002)–, se pueden comprender cómo los cambios contemporáneos influyen en el uso y la apropiación de los espacios públicos y privados, y en el caso particular de la ciudad de Montevideo, analizar la fragmentación en múltiples centralidades y la pérdida de peso del centro histórico tradicional como el correlato urbano de las múltiples escisiones de la vida contemporánea, con las consiguientes pérdidas de identidad que ello conlleva.

En el mundo actual, por su propia capacidad de movilidad, la adscripción y pertenencia a lugares concretos y materiales adquiere relevancia en la búsqueda de la construcción de subjetividad y dotación de sentido como forma de defensa frente a una realidad donde todo aparece como relativizado, sin arraigo, aquello que Bauman (2005) denomina modernidad líquida.

Sin embargo es fundamental considerar que esta sociedad es también una sociedad del consumo global, de la mercantilización absoluta, y con un dominio del mercado nunca antes visto. Esto imprime a todos los aspectos la lógica mercantil. Incluso la valorización del patrimonio y de la cultura local es objeto de consumo, adquiriendo sus características parti-

culares un valor de “venta” frente a una realidad uniformizada. La cultura y el patrimonio se tornan, entonces, funcionales a la necesidad que tienen las ciudades de posesionarse como competitivas en la atracción de aquella movilidad de personas e inversiones que ofrece la globalización.

Desde luego que la diferencia entre vivir en nuestra sociedad y en su inmediata anterior no es tan drástica como la de abandonar una función y asumir otra. En ninguna etapa la sociedad moderna pudo prescindir de que sus miembros produjeran cosas para consumo, y desde luego en ambas sociedades se consume. La diferencia entre las dos etapas de la Modernidad es “solo” de énfasis y prioridades, pero esa transición introdujo diferencias enormes en casi todos los aspectos de la sociedad, la cultura y la vida individual (Bauman, 1999: 105)

Por otra parte, las propias necesidades del capital requieren que este consumo se amplíe y se extienda a todos los ámbitos de la vida. Todo debe ser impregnado de esta lógica, incluso el desarrollo personal se vincula a la posibilidad de consumir. La ciudadanía se ve cada vez más limitada al rol de consumidor en un contexto de desigualdad creciente, donde amplios sectores de la población mundial ven limitada su capacidad no solo del consumo superfluo, sino de llegar a poder generar ingresos para su propia reproducción. Ser pobre en una sociedad de ricos, o ser pobre en una sociedad donde la dignificación y el valor se dan en la esfera del consumo, amplifica la propia carencia.

Esta necesidad de reducción de los tiempos de circulación del capital lleva a la aceleración de los tiempos sociales. Al existir una articulación entre la comprensión del tiempo y la lógica orientada al consumo, se busca a que también la satisfacción como consumidor sea instantánea, o sea que el propio consumo debe satisfacerse rápidamente para generar nuevas necesidades de consumir (Bauman, 2005)

Todo esto implica cambios en el modo de producción, con un aumento a nivel mundial de las relaciones comerciales y financieras, pero también la globalización de los intercambios personales y las experiencias culturales, lo cual está posibilitado por modificaciones en las cualidades objetivas y en la significación del espacio y del tiempo.

La plaga de la sociedad de consumo –y la gran preocupación de los mercaderes de los bienes de consumo– es que para consumir se necesita tiempo. Existe una resonancia natural entre la carrera espectacular del “ahora”, impulsada por la tecnología de comprensión del tiempo, y la lógica de la economía orientada hacia el consumo (Bauman, 1999: 120).

Si bien la aceleración del ritmo del tiempo fue siempre un aspecto central de la modernidad capitalista, hoy parece definitivamente instalado el dominio del tiempo sobre su opuesto complementario, el espacio, ya que, en la medida que detiene las inversiones, opera en contra de la necesidad de aceleración inherente a la lógica del consumo capitalista. El desafío en la Modernidad fue el someter lo espacial al dominio del tiempo, y esta aceleración y control de los tiempos fue parte de la concepción moderna de un mundo que avanzaba –o sea progresaba–, mientras lo espacial fue asociado a lo conservador, como el freno al constante avance tecnológico de la sociedad capitalista.

El concepto de progreso como avance sucesivo en etapas ascendentes es parte de la Modernidad occidental. Atendiendo a esta concepción de progreso, la remoción de las barreras espaciales ha tenido una significación central en toda la historia del capitalismo a través de la movilidad de bienes, servicios y personas. Esto se ha logrado por medio de la densificación de las vías de comunicación e información, como parte de la búsqueda continua de achicar los tiempos y crear un mercado global.

El incentivo para la creación del mercado mundial, para la reducción de las barreras espaciales y para la aniquilación del espacio a través el tiempo es omnipresente, tal como lo es el incentivo para racionalizar la organización espacial en configuraciones de producción eficientes (organización serial de la división del trabajo, sistemas de fábricas y de línea de montaje, división territorial del trabajo y aglomeración en grandes ciudades), redes de circulación (sistemas de transporte y comunicación), y redes de consumo (formas de uso y de mantenimiento de las residencias, organización comunitaria, diferenciación residencial, consumo colectivo en las ciudades). Las innovaciones realizadas para la remoción de las barreras espaciales en todos estos aspectos han tenido inmensa significación en la historia del capitalismo. En este contexto es que la adaptabilidad y flexibilidad de los trabajadores se torna vital para el desenvolvimiento capitalista (Harvey, 1992).

Sin embargo actualmente, también la propia idea de futuro y por tanto de progreso se ve cuestionada. Si la Modernidad significó la ruptura con la tradición, hoy, en esta etapa moderna tardía (Giddens, 1999), moderna segunda (Beck, 2002), posmoderna (Jameson, 2005) o de modernidad inclusiva (Habermas, 1985), tiene como uno de los ejes centrales del pensamiento la conciencia de la fragilidad de los conceptos que han sustentado la Modernidad, en especial la idea de progreso, cuestionando la idea de que el traspasar el presente significa un avance hacia algo distinto y nuevo (Featherstone, 1997).

Todo esto conlleva a una creciente relevancia del rol de las ciudades a nivel global, ya que, en la medida que las barreras espaciales se suprimen y se puede acceder a todos los rincones del planeta, la contrapartida es la necesidad de revalorización de las diferencias locales para transformarlas en ventajas comparativas. Esto se realiza de acuerdo a pautas hegemónicas que generan modelos de ciudades competitivas capaces de atraer la localización de actividades e inversiones mundiales.

Cambios en las ciudades

En el marco de estos procesos de cambios globales, las ciudades adquieren una creciente importancia, fundamentalmente porque hoy la forma de vida para la mayoría de las personas es la vida urbana. Además, con los avances tecnológicos que permiten que la producción se deslocalice de la dirección empresarial y financiera —o sea pueda ubicarse en aquellos lugares donde la mano de obra es más barata por sistemas de regulación estatales más débiles y mayores exoneraciones al capital—, las ciudades crecen en importancia, ya que es allí donde se ubican los centros de poder económico y político que permiten al conjunto del sistema funcionar. Es así que surge el fenómeno de las ciudades globales (Sassen, 1996).

Las ciudades crecen en forma desmesurada tanto en cantidad de población como en extensión de territorio. La proporción de la población global que habita las ciudades se ha duplicado en los últimos treinta años, y junto con la población crece la pobreza. La contradicción entre

una población cada vez mayor y con menores recursos, frente a un suelo urbano escaso y caro, muestra como impacto más visible una ciudad cada vez más segregada y excluyente.

Si bien la ciudad moderna siempre ha sido segregadora, por ser producto y reflejo del modo de producción capitalista (en un momento y lugar concreto), sustentada en la institución de la propiedad privada y la “división social del espacio”, en estas últimas décadas esta segregación ha tenido nuevas manifestaciones y mayores dimensiones.

Actualmente, aún en etapas de crecimiento económico, la brecha entre ricos y pobres, individuos y países, se ha ampliado, por lo que existen crecientes grados de pauperización y pobreza en un contexto de riqueza. “La miseria en la metrópolis del comienzo del siglo XXI no resulta del estancamiento, el debilitamiento o la decadencia de la economía sino de la separación de la escala de las desigualdades en un contexto general de prosperidad y progreso económico” (Wacquant, 2007: 302).

La ciudad industrial fue la imagen e identidad de la ciudad moderna, como ámbito “natural” del concepto moderno de historia, progreso y civilización, pero esto también incluyó la segregación, la pobreza y la deshumanización de la vida social como consecuencias “naturales” de la propia complejidad del crecimiento urbano (Gravano, 2003). Hoy, el cambio fundamental es que nos encontramos en una sociedad de consumo donde el imperativo social ya no es producir, sino funcionar como consumidor (Bauman, 1999), pasándose de la ciudad industrial a la ciudad del consumo.

La mayoría de los aspectos sociales son orientados al consumo: la ciudadanía, las políticas sociales y fundamentalmente la realización personal. Esto implica que la generación de necesidades sea continua, pero que también lo sea la incapacidad de acceso por la mayoría de la población. En las ciudades, amplios sectores quedan por fuera del consumo, ocupando aquellos territorios sin valor de cambio y generando crecientes grados de violencia como manifestación fútil, momentánea y deslocalizada de cualquier intento de cambio social, reforzando además la estigmatización y segregación de los no consumidores.

La (sociedad) posmoderna, de consumo, es una sociedad estratificada, como todas las que se conocen. Pero se puede distinguir una sociedad de otra por la escala de estratificación. La escala que ocupan “los de arriba” y “los de abajo” en la sociedad de consumo es la del *grado de movilidad*, de libertad para elegir el lugar que ocupan. Una diferencia entre “los de arriba” y “los de abajo” es que los primeros pueden alejarse de los segundos, pero no a la inversa. En las ciudades contemporáneas se produce un *apartheid à rebours*: los que tienen medios suficientes abandonan los distritos sucios y sórdidos a los que están atados, a aquellos que carecen de esos medios (Bauman, 1999: 113).

Las formas de consumo también han variado, concentrándose en espacios artificiales y cerrados, con altos niveles de seguridad, orientados a la población de mayor poder adquisitivo, como son los *malls*. Esto coexiste en la ciudad con el aumento del comercio informal que ocupa, en muchas ciudades, particularmente en América Latina, el espacio público. De ahí el incremento de la falta de contacto cara a cara entre los diferentes sectores sociales y en el desconocimiento del otro, aumentado los miedos y el rechazo hacia “los otros”.

En la ciudad, esto genera nuevas centralidades con epicentro en los lugares de compra. Si la religión actual y la ciudadanía se dan a través del consumo, los *malls* son nuestros nuevos templos y ágoras. Esto se relaciona también con la decadencia de los centros históricos, que por su propia función de concentración de servicios y comercios eran un lugar de coexistencia entre todos los sectores sociales.

En definitiva, existe una relación imbricada entre las relaciones sociales y el espacio territorial. De esta relación surge un espacio creado que tiene un significado más profundo que el aparente. El espacio va unido a la forma como una sociedad elabora y expresa sus relaciones de poder y sus conceptos de igualdad-desigualdad. En otras palabras, en la ciudad se expresan la ideología de las clases sociales que la habitan.

En una lógica de dominio del consumo y –donde las reglas las establece el mercado–, crece la segregación espacial, lo cual implica también el acceso diferencial a las infraestructuras y servicios de uso colectivo, distribuidos estratificadamente de acuerdo al poder adquisitivo de los sectores que habitan la ciudad.

Las ciudades en un mundo global también se ven condicionadas por esta lógica de consumo, generándose la competencia entre ciudades. Uno de los elementos usados en esta búsqueda de inversiones globales son las características locales: paisajes, patrimonio cultural o edilicio, por lo que su recuperación y difusión constituye una de las acciones más frecuentes. Es por esto también que, luego de un periodo de decadencia de los centros históricos en la ciudad industrial y moderna, la ciudad del consumo genera acciones para revalorizar el patrimonio.

Es en este sentido que una de las imágenes que venden y que se encuentran directamente asociadas a los procesos de recuperación de los cascos históricos es la imagen patrimonialista, donde se privilegia las expresiones de la vida local, las costumbres, las fiestas y también la arquitectura y la calidad ambiental.

Esta necesidad de renovación y revitalización tiene como problema el hecho de que, con la decadencia de los centros, se atrajo a muchos de los pobres urbanos de las ciudades a ocupar viejas fincas o predios vacíos, o sea aquellos lugares que en un momento de declive no eran interesantes para ningún actor económico. Esta población realiza actividades comerciales informales en los espacios públicos, lo cual hoy se vive como uno de los factores de desvalorización de los centros. Por tanto, la disyuntiva está en si el Estado debe generar acciones de vivienda y trabajo para posibilitar su permanencia, o si, al contrario, debe dejar estas acciones en manos del mercado, lo cual llevará a la expulsión de esta población a zonas desvalorizadas de la ciudad, aumentando el crecimiento de las periferias urbanas.

Todo esto da sustento a las actuaciones de recuperación de los centros históricos, tornándolos atractivos para determinados sectores de la población, en especial las capas medias, que trabajan en las industrias culturales o afines y que son más proclives a sentirse atraídas los valores estéticos que ofrece lo patrimonial. El correlato es el riesgo para la permanencia de la población empobrecida por acciones directas, traslados forzosos o acciones indirectas como el aumento del precio de inmuebles y suelo.

La revalorización del patrimonio cultural y edilicio se torna en una herramienta para la recuperación del pasado en busca de la reconstrucción de una identidad que aparece como perdida frente a los embates de una

cultura globalizada. Lo contradictorio es que muchas veces las formas de actuación se hacen de acuerdo a padrones hegemónicos que homogeneizan aquellas diferencias que se querían preservar.

Sin embargo, esta valoración del patrimonio como mercancía no es la única posibilidad, ya que tiene un valor como lugar de identidad de una sociedad, a partir del rescate de la historia y la cultura de la comunidad, aun mayor en un contexto global donde todo aparece como efímero y prima la cultura de la instantaneidad no solo en el campo de la producción, sino también en los aspectos más privados e íntimos de la vida.

Por esto la cotidianidad de las personas en un momento y un espacio concreto influye en la posibilidad de éxito o fracaso de las acciones emprendidas, y es necesario tomarla en cuenta junto con otros factores² a la hora de diseñar las acciones de rehabilitación y renovación sobre el espacio urbano, en especial sobre las centralidades.

Otro aspecto a considerar (de carácter más instrumental) son las diferentes concepciones sobre el propio concepto de lo patrimonial, lo que lleva a consideraciones diferentes sobre el tipo de intervenciones a realizar, las cuales desde concepciones más modernizantes hasta concepciones más conservacionistas. Debe reconocerse que algunas veces, cuando los criterios han sido excesivamente rígidos, potenciado por la falta de recursos, se ha aumentado el deterioro de aquello que se quería conservar.

Sin embargo, sabemos que la identidad de una ciudad no es algo fijo, permanente, ya que está asentada en una materialidad influida por elementos simbólicos y culturales, de modo que las modificaciones realizadas sobre esta identidad histórica generan una nueva imagen de ciudad construida sobre lo existente y articulada con lo nuevo.

En la construcción de esta imagen pueden primar diferentes racionalidades, desde una recuperación y apropiación de la cultura local por parte de la propia sociedad civil, hasta una mercadotecnia donde lo único importante es incluirla en un padrón cultural global a efectos de hacer a

2 Por supuesto que el mercado inmobiliario y la renta del suelo urbano son factores sumamente importantes, pero el abordaje que estamos realizando implica la necesidad de considerar otros aspectos.

la ciudad atractiva para la competencia por la inversión de capital y la industria turística. Los recursos patrimoniales son entonces un elemento considerado estratégico en la promoción de lo local como forma de reposicionarse en el mercado de la competencia inter-ciudades, pudiendo abordarse desde la dimensión patrimonialista o el refuerzo promocional de la cultura local, todo esto abordado desde el atractivo que puede ofrecer un cierto lugar al mundo. En una época donde se busca “el tiempo instantáneo y la búsqueda de la gratificación inmediata” (Fortuna, 1997: 233), el pasado y la memoria colectiva tornan inusitado valor.

En nuestras ciudades, además, todo esto se realiza con recursos públicos escasos, lo cual conlleva la necesidad de la captación de nuevos recursos nacionales e internacionales para la recuperación urbana. Los mecanismos para realizar esto son: la promoción de la ciudad-mercancía, la gestión empresarial de la administración y la identidad local como forma de atractivo competitivo. Este proceso puede ser denominado de des-tradicionalización, es decir, una remodelación de la tradición transformándola en un recurso de desarrollo (Ibíd. 1997).

La intervención desde el Estado va a depender no solo de las intenciones, sino de los recursos de que se disponga. Si lo que se prioriza es la lógica de la inversión inmobiliaria privada, la consecuencia será la expulsión de los sectores más pobres, transformando el área en un escenario vacío de vida, o bien que se genere un proceso de gentrificación con el proceso de recambio poblacional que esto implica.

La cultura local emerge, entonces, frente a este a este intercambio mundial, como el lugar de lo cotidiano, como el espacio donde se desarrolla la vida de los hombres y, por tanto, inevitablemente asociada al espacio fijo en que esta vida se desarrolla. Es también el lugar del rescate de la historia individual y colectiva, donde se desarrollan los sentimientos de pertenencia e identidad.

Frente a una cultura global, en un sistema que necesita que todo se transforme en perecedero, donde lo efímero y lo instantáneo se transforman en valores esenciales, lo local rescata lo permanente, asociando a la historia de los individuos y las comunidades en un mundo donde las fronteras del Estado nación se desdibujan. Además, muchas veces lo

local rescata las identidades, de manera romántica, asociándolas a la nostalgia de una identidad perdida.

En esta línea encontramos también festejos como el carnaval y todos los fenómenos vinculados al mismo. En un país con una historia muy reciente, todos estos fenómenos generan identidad a través de procesos vinculantes: Toda la industria relacionada con el patrimonio contribuye a producir una sensación de bienestar que nos transporta a un pasado vivido bajo la forma de ficción” (Featherstone, 1997: 95).

La cultura local, entonces, puede abordarse desde diferentes contenidos, bien desde la recuperación de identidades locales con participación de los habitantes de un área, o bien imbuida de una lógica de mercado donde la recuperación tiene más que ver con el marketing utilizado para “vender” mejor un área.

Parte de las ventajas de estos distritos centrales, que los hace atractivos para operaciones de *city marketing*, es el funcionamiento de las actividades financieras. La proximidad brinda espacios públicos de encuentro y lugares de sociabilidad a los agentes de actividades financieras y también político-administrativas.

Aún en un contexto donde lo informacional y los espacios virtuales parecen dominar cada vez más las relaciones sociales, esta posibilidad de contacto cara a cara es de gran importancia para las actividades de servicios, no pudiendo ser sustituida por otras formas de comunicación.

En este contexto, los procesos culturales también adquieren, a partir de la facilidad en la difusión y la interconexión a nivel mundial a través de los medios masivos de comunicación y las redes informáticas, un carácter global.

Según Topalov (1984), la centralización espacial es el resultado de la progresiva separación en el capitalismo monopolista entre los centros de producción y los de gestión y dirección de la economía, pero las actividades propiamente directivas permanecen concentradas en los centros comerciales de las principales metrópolis urbanas. De acuerdo a la actividad que genere más valor o que el poder considere más funcional es que se dará la apropiación de los mejores espacios o los más calificados. Esto define, a nivel interno de la ciudad, las centralidades y las periferias. Es así

que en las áreas centrales de muchas ciudades –bien servidas pero en desuso desde el punto de vista residencial–, se instalan funciones financieras que llevan a un encarecimiento del valor del suelo, con los consiguientes riesgos de reforzar los procesos expulsivos de los sectores de menores ingresos o la generación de emprendimientos inmobiliarios que no resultan atractivos para los posibles compradores.

Continuidades y rupturas

La imposición del modelo neoliberal en América Latina se realizó en el marco de los acuerdos realizados en el denominado Consenso de Washington (1989), con diez recomendaciones impulsadas por los organismos de Bretton Woods (Banco Mundial, FMI, BID) y representantes de los Gobiernos del continente, orientadas a un recorte de los gastos del Estado, disciplina fiscal y liberalización financiera. Los resultados luego de casi veinte años nos muestran en todo el continente una mayor pobreza urbana y un aumento de la desigualdad en la distribución del ingreso, aún en momentos de crecimiento económico.

En América Latina (CEPAL, 2004: 89), el 48% de los ingresos se concentra en el 10% de la población con ingresos más altos. En el caso de Uruguay, el desplazamiento hacia una mayor participación del mercado se ha dado en forma más gradual y con menores niveles de privatización de las empresas públicas en comparación al resto de los países del continente, y con un índice menor de desigualdad económica. Así mismo, el índice Gini Uruguay es de los menores de la región: 42,5 (2007) frente al 56,7 de Brasil y al 48,2 de Argentina.

Para comprender esto, hay que considerar las condiciones del país, el cual ha tenido históricamente un mayor grado de igualdad, con una población escasa y sin grandes diferencias étnicas, un territorio relativamente homogéneo geográficamente y, en palabras de Hobsbawm (1998), se estructuró como el único país verdaderamente democrático de América Latina. El quiebre institucional que significó la dictadura militar (1973-1984) –y que procuró, entre otras cosas, desmontar el sistema de protección vigente anulando

cualquier resistencia individual o colectiva a este proyecto (Portillo, 2003)–, no logró quebrar la matriz histórica de defensa del Estado nacional.

Esta matriz de pensamiento se sustenta en un imaginario social de Uruguay como un país “hiperintegrado” o “de las cercanías” –en palabras de Real de Azua–, un viejo Uruguay “batllistay feliz”³ (llamado a nota), “la tacita del Plata”⁴, un país mesocrático, culturalmente homogéneo y basado en consensos básicos. Todo esto, además, con una ciudad capital que concentraba la mayor parte de la población y de las actividades gubernamentales y económicas, y donde las unidades espaciales eran barrios pluriclasistas, el espacio público era de todos y la construcción de la ciudadanía se sustentaba en la igualdad. Este imaginario colectivo se ha contrastado, en los últimas décadas, con el crecimiento urbano expulsivo y sin sentido, donde lo público se ha transformado en un espacio de nadie, donde han crecido los miedos y la discriminación, y donde se ha empezado a cuestionar, fundamentalmente entre los jóvenes (que cada vez son menos), la posibilidad de un proyecto futuro como país que permita realizar los proyectos personales de sus ciudadanos.

Otra característica nacional es el crecimiento casi nulo de la población debido a factores como la disminución creciente de la tasa de natalidad y los continuos fenómenos de migración. Sin embargo, las áreas precarizadas de la ciudad siguen creciendo. Los niños y jóvenes también nacen y crecen mayoritariamente en hogares pobres. Aún si el índice de pobreza se ubica, según los datos más recientes, en un 21,5%, el 50% de los niños nacen en hogares pobres. Los barrios periféricos de la ciudad reúnen el 30% de la población, pero concentran el 75% de la población que está por debajo de la línea de indigencia, más del 60% de la población pobre y la casi totalidad de los asentamientos precarios.

- 3 “Batllista” se denomina a la época dominada por las iniciativas y reformas sociales y económicas llevadas a cabo por el presidente. Batlle durante sus dos periodos de gobierno en las primeras décadas del siglo XX. Sus contenidos tuvieron un fuerte énfasis de lo público por encima de lo privado, una política social que tendía al universalismo, avances en contenidos de políticas sociales sin tocar las bases del sistema capitalista, y una concepción de Estado de protección hacia los sectores más débiles.
- 4 Queda claro que nosotros solo éramos la tacita, frente a la reina que siempre fue Buenos Aires.

El actual aumento de la pobreza está asociado a un cambio significativo en sus características. Se trata de un marcado debilitamiento de los vínculos que las personas de poca calificación pueden establecer con el mercado de trabajo —y que se expresa en niveles altos de desempleo, precariedad e inestabilidad laboral, y niveles bajos de remuneraciones—, y un aumento en todas estas dimensiones de la brecha con los trabajadores más calificados (Katzman, 2002).

Por otra parte, esto se articula con un quiebre de las relaciones interclases. Los fenómenos de fragmentación se acompañan de crecientes grados de homogeneización a la interna de los grupos sociales: “Una diferencia entre ‘los de arriba’ y ‘los de abajo’ es que los primeros pueden alejarse de los segundos, pero no a la inversa. En las ciudades contemporáneas se produce un *apartheid à rebours*: los que tienen medios suficientes abandonan los distritos sucios y sórdidos a los que están atados, a aquellos que carecen de esos medios” (Bauman, 1999: 113).

Otra característica que esto conlleva es el crecimiento territorial de la ciudad hacia el área metropolitana. Mientras en esas áreas se da crecimiento demográfico, en las áreas centrales y consolidadas se estanca o disminuye la cantidad de habitantes. La consecuencia de esto es no solo el vaciamiento poblacional, sino también una distribución demográfica diferencial entre centro y periferia (hogares envejecidos y con pocos integrantes en el centro y hogares jóvenes y con mayor número de integrantes en las periferias).

En el caso de Montevideo, hay procesos de movilidad de los sectores de mayores ingresos hacia la costa este que se sustentan en valores sociales (proximidad con sectores de su misma clase social), económicos (expectativa sobre el valor de cambio de las propiedades inmobiliarias) y culturales (la valoración del la costa y su significación simbólica).

La vieja centralidad histórica (aún en sus momentos de mayor decadencia) fue siempre el lugar de ubicación del distrito financiero. Esto ha permitido que tuviera una funcionalidad, por lo menos en el horario diurno, para el resto de la ciudad. Actualmente, además, se encuentra en un momento de revitalización sustentada en actividades de carácter cultural y gastronómico. Sin embargo, la actividad residencial del área toda-

vía es un fenómeno confuso pese a las acciones llevadas por el Estado, junto con la sociedad civil organizada, de construcción de cooperativas de vivienda⁵. Si bien se han acercado nuevos sectores vinculados a lo cultural a residir en el área, no se ha producido un proceso de “gentrificación”⁶ en la medida en que hasta el momento no se ha tornado atractivo como residencia, para los sectores financieros y de servicios que trabajan en el mismo. Sí lo es, en cambio, para la implantación de las actividades financieras, gubernamentales y de servicios funcionales a éstas. Sin embargo, estas mismas actividades expulsan a otros sectores que pudieran afincarse en el mismo, por lo que a la noche, y fuera de un área de creciente implantación de lugares de encuentro (restaurantes, pubs), la zona se transforma en un desierto.

Con respecto al tema patrimonial, en las últimas décadas se han iniciado fuertes procesos de revalorización simbólica que han sido apropiados por el colectivo de la sociedad en la recuperación de un pasado y una identidad perdida. El fenómeno más interesante que sustenta esta afirmación es el Día del Patrimonio, durante el cual se abren a la ciudadanía en general lugares públicos y privados de la ciudad y otros lugares del país. Esto ha generado una nueva tradición que se repite anualmente, con creciente participación de la población.

Es interesante ver cómo las acciones y actividades pueden ser más o menos exitosas en la medida en que sean acordes a las necesidades y los modos de vida de la población de la ciudad en un momento concreto. La aplicación de modelos, a veces de manera homogénea o a-crítica, sobre la renovación urbana, a partir de intervenciones exitosas aplicadas a otras

5 Estas acciones se hicieron con base a la modalidad de cooperativas de ayuda mutua, práctica sumamente exitosa en el país durante varias décadas de producción de vivienda social que fue impulsada y financiada por el Gobierno municipal de Montevideo en primera instancia y luego por el Gobierno nacional a través del Ministerio de Vivienda.

6 El proceso de “gentrificación” apunta (tomando lo sucedido modélicamente en Manhattan y fundamentalmente en Wall Street) a la apropiación por parte de capas medias y altas a sectores de la ciudad donde se han realizado operaciones de recuperación urbana, produciéndose también la expulsión de los sectores de población residentes habitantes del lugar. Habla también de la unidad simbiótica entre residencia y trabajo de un sector de la economía que genera producciones simbólicas particulares.

ciudades pero sin considerar las características locales, puede conducir al fracaso de los emprendimientos llevados a cabo. En el caso de Montevideo, el denominado Plan Fénix es interesante de analizar para entender por qué no tuvo buen desempeño. Como parte del plan, se generó un edificio de carácter simbólico a partir de inversión estatal, el cual era altamente significativo porque concentraba las funciones de telecomunicaciones estatales. También se invirtió en la generación de vivienda de alta calidad —en la búsqueda de estratos poblacionales medios y medios altos para revitalizar el área—, ya que el sector tiene una ubicación sumamente privilegiada cercana al centro y a la bahía de Montevideo. Sin embargo, al no considerar las aspiraciones de la población a la que iba destinado al proyecto, no se logró colocar estas unidades habitacionales y el proceso, de renovación del área hoy se encuentra detenido⁷.

Lo más particular: la vida cotidiana

La reproducción del hombre particular es una reproducción de un hombre histórico en un mundo concreto. Esto implica el manejo y conocimiento de determinados “sistemas concretos de uso” que están definidos y condicionados por el mundo concreto en el que se nace.

La vida cotidiana es un acto de objetivación, entendiéndolo como un proceso en el cual el particular como sujeto deviene “exterior, y en el que las capacidades humanas ‘exteriorizadas’ comienzan a vivir una vida propia e independiente de él introduciéndose a través de mediaciones en el desarrollo histórico del género humano” (Heller, 2002: 115).

Esto no implica ni determinismo, ni imposibilidad de cambio, sino condicionantes que se imponen al entender el accionar humano. Las circunstancias en las que los hombres desarrollan su vida son las relaciones y situaciones socio-humanas mediadas por las cosas. No se trata de cosas muertas,

7 Parte de las acciones de la actual administración del Banco Hipotecario del Uruguay, organismo inversor de esta producción de viviendas, ha sido colocarlas con altos niveles de subsidio para hacerlas atractivas a sus ahorristas.

sino de complejos dinámicos, constituidos por actos teleológicos. La historia no tiene un contenido teleológico, pero las acciones de los hombres sí.

La vida cotidiana en el capitalismo se encuentra imbuida por la propia lógica del sistema. Actualmente, la reificación⁸ es la forma por excelencia (sin que desaparezcan formas anteriores) que la alienación adquiere, así como es la vida cotidiana la esfera donde ésta impacta más fuertemente, dado que en esta etapa la organización capitalista de la vida penetra todos los intersticios de la vida individual. En otras palabras, la reificación desborda la esfera de la producción, domina la circulación y el consumo, y articula una inducción en el comportamiento en la totalidad de la existencia. Todo el cotidiano se torna “administrado” (Netto y Brant Carvalho 2000: 86).

Como ya dijimos, si la sociedad de la producción ha dejado paso a la sociedad del consumo, esto también impacta y genera cambios en la cotidianidad. No solo se generan nuevos lugares de consumo que dejan de lado a los lugares tradicionales, sino también nuevas formas de consumir sustentadas en cambios tecnológicos. La posibilidad de los nuevos medios técnicos a través de los *mass media* y fundamentalmente de los avances de la informática generan nuevos tipos de consumo en lo cultural, provocando una contradicción entre la mayor posibilidad de acceso a formas culturales antes reservadas para ciertas clases sociales, pero también acompañada de una bastardización de las mismas. El consumo pasa entonces a ser un fin en sí mismo, que genera ubicación social, pero también que licua la figura de ciudadano en la de consumidor.

El mundo mismo se presenta como un espectáculo que subtrae al hombre de una participación activa para alimentar la lógica de que todo es consumible. Todo esto contribuye a una naturalización: inmutabilidad del orden social burgués reforzado a partir de los discursos e imágenes, que en la vida cotidiana se interiorizan con una ideología neo-fatalista y de desencanto, todo ello reforzado con visiones de carácter apocalípticos,

8 Con el concepto de reificación nos referimos a aquella forma que adopta la alienación en el capitalismo tardío y que traspasa el mundo del trabajo para impregnar todo el cotidiano de los seres humanos. Este concepto ha sido manejado en la producción de la Escuela Crítica y también por la Escuela de Budapest (Lukacs, Metzgaros, Heller, etc.).

de fin de los tiempos, fin de la historia, con un determinismo sin salida que tiene como su opuesto complementario la concepción de que ahora todas las posiciones de la cultura son abiertas e iguales.

En este caso, el consumo no es solo una categoría económica, sino también una actitud y una conducta que tiene lugar en la vida cotidiana, condicionándola hacia los objetos y no hacia las personas. El consumo se convierte en una forma de pasividad, de inacción, y también en la forma de satisfacción que esta sociedad ofrece.

En la cotidianidad organizada el placer ha sido transformado en satisfacción, la felicidad se reduce a una cadena de saturaciones, el deseo se convierte en una necesidad controlada y la insatisfacción determinada es lo opuesto a la satisfacción, [...] la desaparición momentánea del deseo, el estado eufórico que sigue al estado de insatisfacción. El deseo sigue sobreviniendo como malestar, como espera, más allá de su satisfacción o no satisfacción. El malestar se prolonga bajo el bienestar, y la añoranza bajo el confort” (Lefebvre, 1972a: 36).

Lo que no se puede consumir no deja de estar impactado por la generación de estas necesidades artificiales a las que no se tiene acceso, ya que el consumo a través de la publicidad (forma manipuladora de la reificación por excelencia) nos presenta todos los días aquello a lo que no se tiene acceso. Esta vasta información solo puede generar una profunda insatisfacción pasiva no transformadora. Esto genera, además, en aquellos sectores jóvenes fundamentalmente incentivados al consumo pero por fuera de éste, la necesidad de obtención de recursos por cualquier medio, legal o ilegal, incrementando así el delito (Wacquant, 2007).

Complementario al dominio del consumo es la huída a la vida privada como forma de realización del individuo, defendiendo más que la vida individual el individualismo de la vida con una interiorización escapista.

Se glorifica, entonces, como valor central de la sociedad, el desarrollo individual, la realización egoísta, apareciendo esta mistificadamente como posible la realización individual sin la necesidad de la realización del conjunto social. A nivel ético, la naturaleza humana se muestra (mistifica) como privatizada, fragmentada, aislada, y esto sirve para absolutizar, como inevitable, un orden donde la realidad humana es la de la soledad, donde los hombres

combaten unos contra otros, donde todos se ven sometidos inexorablemente a “apetitos artificiales” y al dominio de las cosas sobre los hombres.

Esta premisa de auto realización personal, independientemente del resto de la sociedad y de la comunidad, es justamente la premisa liberal que se hace cada vez más fuerte en nuestros días, y que se ve reforzada por las imágenes que dominan la comunicación en nuestro tiempo: eslóganes como “hace la tuya” o “el poder de uno” marcan las formas de realización personal.

En el cotidiano, adquiere especial trascendencia la evasión favorecida por los medios tecnológicos desarrollados que permiten un aislamiento del mundo, pero que aparecen como un contacto con el mundo total. Toda la información del mundo se puede recibir en el *living* de una casa, o todos nos podemos conectar, comunicar, enamorar con alguien que no conocemos y quizá no conozcamos nunca cara a cara. El espacio público, lugar de encuentro e intercambio, se ve sustituido cada vez más por el espacio virtual, fundamentalmente entre jóvenes.

Junto a esto aparece la pobreza como fracaso individual de aquellos que no han sabido realizarse. Sin embargo, este fracaso no es solo individual: también es el fracaso de un colectivo y hasta de un país.

Como ya dijimos, uno de los aspectos centrales en la actualidad es el dominio de la dimensión espacial por la dimensión temporal, lo cual también impacta en la vida cotidiana y se articula con las características ya mencionadas sobre la cotidianeidad actual.

La plaga de la sociedad de consumo —y la gran preocupación de los mercaderes de los bienes de consumo— es que para consumir se necesita tiempo. Existe una resonancia natural entre la carrera espectacular del “ahora” impulsada por la tecnología de comprensión del tiempo, y la lógica de la economía orientada hacia el consumo. De acuerdo con esta última, la satisfacción del consumidor debe ser *instantánea*, dicho en un doble sentido. Es evidente que el bien consumido debe causar una satisfacción inmediata, sin requerir la adquisición previa de destrezas ni un trabajo preparatorio prolongado; pero la satisfacción debe terminar “en seguida”, es decir, apenas pasa el tiempo necesario para el consumo. Y ese tiempo se debe reducir al mínimo indispensable” (Bauman, 1999: 117).

El tiempo en la vida cotidiana es antropocéntrico (Heller, 2002: 635), obrando como sistema referencial para el hombre particular y su ambiente. Pero existe un tiempo natural: el que se refleja en las propias variaciones de la naturaleza, en el día y la noche, en las distintas estaciones, y que a su vez los hombres han dividido a través de diversos acuerdos, o sea una división social del tiempo. Cuanto más avanzado es el estadio de una formación social, menos pesaran las divisiones naturales y más las convencionales acerca del tiempo.

Este tiempo, a su vez, en la sociedad moderna capitalista, se coordina y está marcado por las necesidades del trabajo. Así tendremos el tiempo del descanso y el tiempo del trabajo, o el tiempo previsto para el ocio o las vacaciones. Cuando amplios sectores quedan por fuera del trabajo, tenemos un nuevo tiempo, tiempo muerto –ni ocioso, ni productivo–, que opera entonces como una nueva forma de exclusión.

Esta oposición, también plasmada culturalmente, se puede observar en la forma de mostrar la oposición entre un Primer Mundo, con tiempos acelerados dedicados a la producción y al consumo, y un Tercer Mundo, lento e incapaz de incorporarse a los desafíos que el mundo presenta, fetiche que justifica por qué existe esta diferencia entre un mundo dinámico y desarrollado y otro atrasado con el correspondiente subdesarrollo que esto conlleva. Este fetiche se reproduce en las ciudades y las clases sociales: los acelerados que corren en el multiempleo o en tareas ejecutivas, que se trasladan en autopistas por el mundo tratando de dominar el tiempo, y los lentos que están por fuera del sistema y que viven en el no lugar y en el no tiempo.

Todo se transforma en instantáneo, en fútil. Hasta las relaciones humanas más cercanas se ven afectadas por esta idea de presente perpetuo. Es un tema de amores líquidos (Bauman, 2005): nada se puede sostener, todo se diluye cuando la mercancía llega a los espacios más íntimos de la vida humana.

Sin embargo, siempre existe una percepción subjetiva o particular del tiempo –una hora puede parecer un día o una semana un segundo–, y este devenir del tiempo en cotidiano se manifiesta de una forma siempre presente donde los hechos extraordinarios –lo no cotidiano– se recupera e impacta de forma singular.

En la Modernidad, los procesos estaban orientados al progreso, o sea al futuro. Por eso fue necesario romper con la tradición y con el pasado en el proyecto modernista. En la actualidad, el planteo posmoderno implica también el cuestionamiento de la idea de progreso: todo aparece como un presente perpetuo.

Si la ciudad es “una presencia que se ofrece sin que el habitar la agote, y aun menos la vista y la entrada ocasionales” (Lefebvre, 1972b: 154), los cambios en el cotidiano necesariamente la impactan. Pero también la ciudad opera como sostén para los mismos, impactando en el espacio urbano, los cotidianos divididos, la continua aceleración del tiempo, la futilidad de las relaciones y el dominio del consumo como nueva deidad omnipotente.

De pérdidas y reencuentros

En definitiva, los lugares son contenedores y reflejos de los hombres y mujeres que habitan una ciudad como individuos pero, también como un colectivo, como parte la segregación y fragmentación de la ciudad, sus centralidades y periferias, las escisiones de lo cotidiano. Así mismo, la ciudad es más que la proyección pasiva del conjunto social, reuniendo en sí todos los niveles de realidad y la conciencia, de la vida física y de los deseos.

Si en un momento la actual centralidad histórica –en el caso de Montevideo la Ciudad Vieja⁹– fue toda la ciudad, y si su pérdida como centralidad urbana está asociada a su decadencia, esto también se acompasa a los cambios que se verifican en el mundo, y en particular en el Uruguay. Los lugares tienen sentido y significación no solo como intervenciones de carácter político o del mercado, sino en la medida en que son acordes con las exigencias de cada momento histórico.

La pérdida de funcionalidad de esta centralidad fue en su momento parte del proceso de ruptura con los aspectos más tradicionales que se

9 Si bien la centralidad es más amplia, lo claramente histórico es la Ciudad Vieja y parte del denominado centro que queda incorporado en este análisis pese a que los momentos de primacía fueron ubicados en tiempos sucesivos y se sustituyeron. Hoy en día tiene mayor revitalización la Ciudad Vieja que el propio centro.

dio como parte de los procesos de modernización. Esto llevó a la movilidad espacial en un proceso centrífugo de dispersión de la población de acuerdo a su pertenencia social, generándose nuevos y ampliados procesos de ocupación territorial, con el correlato actual de segregación socio-urbana.

Agravados estos procesos por el desmonte parcial de las políticas sociales universalistas que caracterizaron el Estado batllista, sumado al achicamiento del sector productivo y las nuevas demandas de la globalización, el centro no solo se fue vaciando y envejeciendo como el país entero, sino que fue perdiendo sentido.

Si el centro fue el lugar de intercambio, el lugar de encuentro como colectivo, hoy, frente a una creciente individualidad, este espacio colectivo ha perdido este sentido; y si la lógica del consumo domina las relaciones sociales y por tanto la apropiación de los espacios urbanos, también será esta la lógica que domine a la hora de la recuperación del mismo.

Hoy las centralidades históricas adquieren nueva relevancia, y esto beneficia también a la Ciudad Vieja. En los últimos años, ésta ha adquirido nuevas actividades que la hacen trasladarse a los sectores que no la habitan: este sería su carácter de centralidad urbana. La generación de una oferta turística y cultural es el centro de su atractivo. Sin embargo, a nivel residencial, la Ciudad Vieja tiene aún mucha capacidad ociosa, áreas edilicias con alto nivel de deterioro y zonas con niveles de inseguridad.

Si ahora apuntamos a procesos que sean transformadores, las intervenciones deben tener como uno de sus ejes no solo aquello que consolide la lógica de mercado, que es volátil y se va a trasladar ni bien el capital vea disminuir sus ganancias, sino a la generación de espacio público material cuyos usos y funciones sean lugar de lo colectivo. Esto nos desafía desde múltiples lugares, pues necesitamos desarrollar un espacio público multifuncional y pluriclasista. Algunas acciones han sido exitosas desde esta perspectiva en la Ciudad Vieja¹⁰, pero el fenómeno no se ha extendido

10 La peatonalización de su calle central e histórica y la continuación de esta peatonalización hasta el Mercado del Puerto, lugar tradicionalmente gastronómico y de encuentro, ha dado una gran vitalidad a la zona. Sin embargo, hoy todavía quedan muchos espacios por revitalizar en el área.

hacia el centro de Montevideo, área que constituye la continuación histórica de esta centralidad espacial y temporal.

Si consideramos, además, que las ciudades son las personas que la habitan, todas las acciones orientadas a mantener y hacer crecer a los habitantes de las centralidades –la patrimonial como las otras centralidades que se han ido vaciando y envejeciendo– son fundamentales. Hasta ahora, como ya dijimos han habido acciones más exitosas que otras, pero todas las formas de incentivo residencial parecen ser válidas aún sabiendo que siempre son insuficientes por sí solas.

En un mundo de viajeros, en un mundo donde todos somos turistas reales o virtuales, la revalorización de las diferencias locales, aunque sea en un turismo de corta estadía, parece como una de las actividades económicas más interesantes para la recuperación de estas zonas.

La centralidad es un lugar de identidad colectiva. Es por eso que, en un cotidiano evasor donde el individualismo, el consumo y la vida privada aparecen como única realización, su recuperación puede adquirir importancia como dotadora de sentido social y de ciudadanía.

Quizás hoy en día, después de 40 años, siguen siendo válidas aquellas palabras de Lefebvre que nos aparecen como pasadas de moda:

Así la ciudad, comprendida y realizada en su concepto, restablecerá, a un nivel más elevado –utilizando las técnicas, los modelos estéticos del tiempo y del espacio, las adquisiciones de las Ciencias Sociales–, la unidad rota por el análisis funcionalista, por la estructuración de lo cotidiano en sectores diferentes: vida privada, trabajo, esparcimientos. Por lo tanto, lo urbano es lo posible (Lefebvre, 1999, 155).

Bibliografía

- Amarante, Verónica, Rodrigo Arim y Andrea Vigorito, (2004). *Pobreza, red de protección social y situación de la infancia en Uruguay*. División Programas Sociales, Región 1. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Bauman, Zygmunt (1999). *La globalización: consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2005a). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Ediciones del Fondo de Cultura Económica.
- (2005b). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura.
- Beck, Ulrich (2002). *La sociedad del riesgo*. Madrid: Siglo XXI.
- Featherstone, Mike (1997). "Culturas globais e culturas locais". En Fortuna Carlos (comp.). *Cidade, cultura e globalização*. Oeiras: Celta Editora
- Fortuna, Carlos (1997). "Destradicionalização e imagen da cidade". En Fortuna Carlos (comp.). *Cidade, cultura e globalização*. Oeiras: Celta Editora
- Giddens, Anthony (1999). *Consecuencias de la modernidad*. España: Alianza Editorial.
- Gravano, Ariel (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre la producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Habermas, Jurgen (1985). *La modernidad, un proyecto incompleto en la posmodernidad*. Barcelona: Editorial Kairos.
- Harvey, David (1992). *Condição Pos-moderna*. São Paulo: Ediciones Loyola.
- (2005). *Espacios de esperanza*. Madrid: Ediciones Akal.
- Heller, Hellen (2002). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Hobsbawn, E.J. (1998). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Jameson, Frederick (1999). *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial.
- (2005). *El posmodernismo o la lógica cultural de capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Paidós.
- Katzman, Ruben y Alejandro Retamozo (2005). "Segregación urbana, pobreza y empleo en Montevideo". En: *Revista Cepal* N.º 85: 131-148.
- Lefebvre, Henry (1972a). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.

- (1972b). *Contra los tecnócratas*. Buenos Aires: Granica Editor.
- (1999). *A cidade do capital*. RÍo de Janeiro: P&A.
- Lukács, Gyorgi. (2003). *Historia e consciência de classe*. São Paulo: Martins Fontes Editora.
- Mandel, Ernest. (1979). *El capitalismo tardío*. México: Ediciones Era.
- Meszaros, Izvan. (1981). *Marx: A teoria da alienação*. RÍo de Janeiro: Zahar Editores.
- Netto, Jose Paulo (1981). *Capitalismo e reificação*. São Paulo: Livraria Editora Ciências Humanas.
- Netto, Jose Paulo y Maria do Carmo Brant Carvalho (2000). *Cotidiano: conhecimento e crítica*. São Paulo: Cortez Editora.
- Portillo, Álvaro (2003). *Montevideo, una modernidad envolvente*. Montevideo: Publicaciones Farq.
- Sassen, Saskia (1996). “*The Global City*”. En Fainstein Susan and Scott Campbell. *Readings in Urban Theory*. Cornwall: Blackwell publishers.
- Soja, Edward (1993). *Geografías pos-modernas: a reafirmação do espaço na teoria social crítica*. RÍo de Janeiro: Zahar Editora
- Topalov, Christian (1984). *Ganancias y rentas urbanas*. Madrid: Siglo XXI.
- Wacquant, Loic (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zizek, Slovak (2005). *Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional*. Buenos Aires: Paidós.